

DON JOSÉ, UNA EXISTENCIA INFAME EN TODOS LOS NOMBRES DE JOSÉ SARAMAGO

Victoria Ferrara*

Resumen: La lectura de *La vida de los hombres infames* de Michel Foucault y la indagación sobre las tres problemáticas que ha planteado del pensamiento de Occidente: el saber, el poder y la ética, sustentan la posibilidad de explicar la existencia verbal de don José desde el concepto de infamia. Don José es un insignificante empleado que sale de un anonimato existencial en búsqueda de un saber y que, sin proponérselo, se encuentra con el poder. Este trabajo procura reflexionar sobre el posicionamiento ético del personaje, a la hora de obtener el saber y de ostentar cierto poder, frente a las oposiciones construcción/deconstrucción, verdad/mentira y vida/muerte.

Palabras clave: saber; poder; ética.

“Ni el arte ni la literatura tienen que darnos lecciones de moral. Somos nosotros los que tenemos que salvarnos, y sólo es posible con una postura ética, aunque pueda sonar a antiguo y anacrónico.”
(José Saramago)

■ **L**a lectura de *La vida de los hombres infames* de Michel Foucault (1996) y la indagación sobre las tres problemáticas que ha planteado del pensamiento de Occidente: el saber, el poder y la ética, sustentan la posibilidad de explicar la existencia verbal de don José desde el concepto de infamia.

Don José es un insignificante empleado que sale de un anonimato existencial en búsqueda de un saber y que, sin proponérselo, se encuentra con el poder.

* Licenciada em Letras pela Universidad Católica de Córdoba (UCC). Codirectora do Equipo Saramaguiano de Investigación en Teoría y Crítica Literarias radicado na Facultad de Filosofía y Humanidades da Universidad Católica de Córdoba (UCC) e profesora adjunta da Universidad Nacional de La Rioja (Unlar).

Este trabajo procura reflexionar sobre el posicionamiento ético del personaje frente a las oposiciones construcción/deconstrucción, verdad/mentira y vida/muerte.

En una ponencia presentada en las VI Jornadas Interdisciplinarias de la Facultad de Filosofía y Humanidades (KOLEFF, 2009), procuré demostrar que don José en su búsqueda del otro logra convertirse en un individuo que es capaz, a través de la palabra y la acción, de singularizarse en un mundo jerarquizado. A su vez, propuse, evitando una respuesta apodíctica y dogmática, leer el proceder del personaje y del Conservador como la posibilidad de “trascender el pensamiento cartesiano para aprehender el levinasiano que nos permita construir una cultura de calidad que articule el yo y el nosotros, como lo hicieron don José y el conservador de nuestra historia” (KOLEFF, 2009, p. 116).

Dicha salvedad me permite en esta oportunidad realizar una nueva lectura de la novela *Todos los nombres* de José Saramago (2006), que sin contradecir la anterior abre un interrogante ético frente al poder que pueden manejar hombres comunes, *infames*, cuando poseen un cierto saber que puede llevarlos a cometer una probable *infamia*.

La posibilidad de explicar la existencia verbal de don José desde este concepto surge de la lectura de *La vida de los hombres infames* de Michel Foucault (1996). En este trabajo Foucault (1996, p. 123) desglosa la plurisemia del vocablo; identifica las cualidades de las palabras – “falsas, engañosas, injustas, ultrajantes” – que suponen los juegos del poder y las relaciones del mismo; y, finalmente, define a la literatura como “el discurso de la infamia” (FOUCAULT, 1996, p. 137).

Dicho ensayo, junto con las indagaciones sobre *el saber, el poder y la ética*, constantes en el pensamiento de Michel Foucault, son el sustento teórico para leer a don José como el insignificante empleado que sale de un anonimato existencial en búsqueda de un saber y que, sin proponérselo, se encuentra con el poder. De esta manera procuraré en las páginas siguientes reflexionar sobre el posicionamiento ético del personaje, a la hora de obtener el saber y de ostentar cierto poder, frente a las oposiciones construcción/deconstrucción, verdad/mentira y vida/muerte.

DON JOSÉ, SIN NOMBRE NI PALABRA

“Es que la gente nunca se da cuenta de que quien acaba una cosa nunca es aquel que la empezó aunque ambos tengan nombre igual, que es sólo lo que se mantiene constante nada más.”
(El año de la muerte de Ricardo Reis)

La primera acepción de la palabra *infame* que he de considerar es la de *ignominia/no digno de tener nombre*. En la novela, a pesar de su título, sólo hay dos nombres. Uno corresponde a su autor, José Saramago, y el otro nombre propio, el otro José. Es así, como bien lo señala María Elena Legaz, “de todos los nombres de la Conservaduría General, se nos conceden nada más que dos, uno lleno de resonancias y referencias para el lector – porque es el hacedor del universo que se abre ante nuestros ojos – y el otro casi anónimo hasta que se cuenta su aventura” (KOLEFF, 2005, p. 205).

Si bien don José tiene nombre, y tiene los correspondientes apellidos paterno y materno, cuando se nombra a sí mismo “los interlocutores sólo retienen en la memoria la primera palabra, José” (SARAMAGO, 2006, p. 19) a la que agregan el tratamiento de *don*, sobretudo en la Conservaduría donde todos se tratan de tal modo. El narrador considera la posibilidad de que tal situación se desprenda de “la insignificancia del personaje” (SARAMAGO, 2006, p. 19), de esa particular contingencia entre una existencia destinada “a ningún tipo de gloria [...] a no dejar rastro” (FOUCAULT, 1996, p. 124) y el vacío de su nombre, al no ser digno de la memoria de los hombres: “dado que en su insignificante vida hasta lo bueno y lo malo habían sido rareza” (SARAMAGO, 2006, p. 39).

Don José tiene un nombre, tan genérico, tan breve y tan fácil de olvidar que puede ser considerado sin nombre, carece del mérito – *demérito* – de poseerlo. Pero no sólo eso, sino que aún más. De acuerdo a la etimología de la palabra latina *infamia*¹, que tiene profundas raíces indoeuropeas, *fama* es una forma sufijada de la palabra *bhā*, que significa *hablar*, especialmente, *hablar en público*². Don José es un *infame* porque no habla en público. En la Conservaduría poco es lo que se habla, las órdenes no se conversan ni se discuten, con sus colegas no se reúne fuera del trabajo. Podría aventurar que el personaje no tiene palabra para intercambiar con los otros. Ni palabra hablada, ni palabra escrita. Sólo utiliza el lenguaje burocrático para completar por escrito las fichas de la oficina donde trabaja. Lee y simplemente recorta las noticias de una colección de vidas de famosos, de hombres y mujeres con *fama*, que hablan en público, que se dan a conocer. Y esos personajes tienen nombres que los identifican, que les permiten acceder a la “leyenda dorada” (FOUCAULT, 1996, p. 126) aun cuando, en ciertos casos, “las razones de su fama se contrapongan a las que hicieron o deberían hacer la grandeza de los hombres” (FOUCAULT, 1996, p. 127).

Entonces este ser *infame*, con una *vida carente de importancia* y sin derecho a la palabra, ocupa parte de su tiempo en coleccionar vidas cuya importancia les da el *crédito* de estar en diarios y revistas: personas con *fama*, personas con *honra*, *crédito* y *estimación*, de los cuales sólo recoge las palabras que les otorgan una “pura existencia verbal” (FOUCAULT, 1996, p. 126) en el universo de los famosos, en el ámbito de lo público. Pero una noche, don José busca los datos que llenan la vida escondida, la vida no pública de estos personajes. Y al romper esa barrera, encuentra otro ser anónimo, la mujer desconocida.

Dos universos se abren para este funcionario de la Conservaduría, el de la *fama* y el de la *infamia*:

Las personas famosas de su colección, vayan por donde vayan, llevan siempre un periódico o una revista siguiéndoles la pista y rastreándoles el olor para una fotografía más, para otra pregunta, pero de la gente vulgar nadie se acuerda, nadie se interesa verdaderamente por ella, nadie se preocupa de saber lo que hace, ni lo que piensa, ni lo que siente, incluso en los casos en que se pretende hacer creer lo contrario, se está fingiendo (SARAMAGO, 2006, p. 59).

1 Toda la información sobre el uso de la palabra *infamia* en el derecho medieval ha sido tomada de Jesús Ángel Solórzano Telechea (2005).

2 En la actualidad, existen numerosas palabras en castellano que derivan de su raíz latina o griega: *-fono* (teléfono), *-fasia* (afasia), *-femia* (blasfemia) etc.

Durante veinticinco años se dedicó a completar las fichas de hombres y mujeres para la Conservaduría, institución para la cual todos son iguales. En lo privado, en sus horas de ocio, se dedicó a coleccionar noticias de hombres y mujeres famosos. La decisión de unir estos dos ámbitos de lo público y lo privado, lo llevaron a aventurarse tras “la isla desconocida” (SARAMAGO, 2006, p. 52).

La ficha de la mujer desconocida cae en manos de don José por puro azar, pero detrás de él cabe tomar en cuenta una causa primera: la ambición por conocer. Este empleado, que goza de *buena fama* – entendido el vocablo como “opinión pública sobre algo o alguien”³ – en su desempeño como tal, comete un acto irregular del cual no se arrepiente ni enmienda porque “le pudo más la satisfacción y el orgullo de haberlo conocido todo, fue ésta la palabra que dijo, Todo, de la vida del obispo” (SARAMAGO, 2006, p. 29).

La cualidad de *infame* puede ser adjudicada al personaje si también se tiene en cuenta otra de sus acepciones: *inepcia*. Dos significados se encuentran para inepticia: *ineptitud* y *necedad*. Don José, inepto para conocer sobre la vida de las personas (SARAMAGO, 2006, p. 67), habitante de un universo archivado, la Conservaduría General, que “no quiere saber quiénes somos” (SARAMAGO, 2006, p. 209), frente a la ficha de la mujer desconocida, por ser una *infame* como él y por aparente *necedad*⁴ (SARAMAGO, 2006, p. 42) sale en búsqueda del conocimiento de esa mujer anónima.

Toma la palabra escrita, copia de la ficha la “existencia legal” de la mujer desconocida para salir a buscar fuera de los muros del registro “la realidad de la existencia” (SARAMAGO, 2006, p. 171) de esta mujer. Y, como se ha analizado en otros trabajos de esta misma edición, don José cruza fronteras, infringe normas, dialoga con los otros, recorre lugares, se aventura y traza planes para rescatar, sin saberlo conscientemente, de la *infamia* – en las acepciones que venimos trabajando – a esta mujer cuya ignominia pesa mucho más que los cien famosos que guarda en el armario, “de los que todos los días se hablaba en los periódicos” (SARAMAGO, 2006, p. 41).

En sus recorridos en pos de la construcción de una mujer real, don José la está deconstruyendo – como acertadamente lo señala Manuel Vázquez Montalbán (1998) – porque la indagación lo llevará a la muerte, dentro de los dos hemisferios separados de la Conservaduría, el de los muertos y el de los vivos. De alguna manera, siguiendo el hilo de las acepciones a nuestras palabras, don José salió en pos de la *fama* de la mujer desconocida, ignorando que era tan incierta como su nombre mismo, “porque con frecuencia es mentirosa, exagerando o falseando la verdad. Tiene vida en tanto no se comprueba. Pero en cuanto se comprueba deja de existir, pasando desde ese instante a ser cosa cierta, en vez de fama”⁵. Sólo la ausencia de la muerte, en la voz anunciando que no está y en la tumba en el cementerio, convierte la existencia verbal de la mujer desconocida, la compleja ambigüedad de una existencia *infame* conocida a través de la *fama*, en existencia real, al tener “la certeza de que estuvo viva” (SARAMAGO, 2006, p. 239).

3 Para calificar de honrada a una persona, bastaba con decir que tenía *buena fama* para la sociedad medieval (SOLÓRZANO TELECHEA, 2005).

4 Recuérdese algunos sinónimos: tontería, estupidez, despropósito, insensatez, disparate.

5 San Isidoro, en las *Etimologías* (SOLÓRZANO TELECHEA, 2005).

Y dar cuenta así que en el camino inverso de la muerte hacia la vida, se descubre “que detrás de esos nombres que ya no dicen nada [...] hayan existido hombres que vivieron y murieron, sufrimientos, maldades, envidias, vociferaciones” (FOUCAULT, 1996, p. 123) y que la diferencia entre la fama y la infamia se sustenta en “lo que el tiempo hace mudar, y no [en] el nombre que nunca varía” (SARAMAGO, 2006, p. 119) o en otras palabras “Conoces el nombre que te dieron, no conoces el nombre que tienes. Libro de las evidencias” (SARAMAGO, 2006, p. 9).

DON JOSÉ, IMPOSTOR E INFRACTOR

“El sentido de cada palabra se parece a una estrella cuando se pone a proyectar mareas vivas por el espacio, vientos cósmicos, perturbaciones magnéticas, aflicciones.”
(SARAMAGO, 2006)

Este personaje, aparentemente resignado a conocer del mundo apenas aquello que las manos puedan alcanzar sin salir, palabras, imágenes, ilusiones, un día siente la satisfacción de tener el poder de saber más sobre los personajes famosos de su colección: “Sentía que le gustaba su trabajo más que nunca, gracias a él podía penetrar en la intimidad de tantas personas famosas, saber, por ejemplo, cosas que algunas hacían lo posible por ocultar” (SARAMAGO, 2006, p. 34).

El análisis de estos juegos de *poder* que comienza a realizar don José permite introducir dos nuevas acepciones del vocablo *infamia*, a saber: *que es causa de deshorna o vergüenza/muy malo y vil en su especie*. Don José, para lograr cumplir con el objetivo propuesto de copiar las cien fichas de las celebridades, infringe ciertas reglas de la Conservaduría. Corre peligros que ponen en juego la fama que lo afianza con su empleo, aquella que condiciona *toda su credibilidad en los actos fundamentales de la vida cotidiana*⁶: “imaginó la vergüenza que mancharía para siempre su nombre y su memoria si el jefe entrase por la mañana y diese con él, don José, entre dos estanterías, muerto” (SARAMAGO, 2006, p. 33). Pero el riesgo de convertirse en un hombre *infame* carece de importancia frente a sentirse “feliz como no recordaba haberlo sido alguna vez, cuando la celebridad clasificada en centésimo lugar, ahora identificada de acuerdo con todas las reglas de la Conservaduría General, ocupó su sitio en la caja correspondiente” (SARAMAGO, 2006, p. 33).

Pero este proceder que no involucra más que al infractor solitario ante una regla, avanza hacia la figura del impostor frente al otro, al decidir una nueva forma de valerse del poder de ser empleado de este universo archivado: “Soy un funcionario de la Conservaduría General del Registro Civil, no soy un extraño, y he venido aquí de servicio” (SARAMAGO, 2006, p. 57). Hace uso del cargo, ya con palabras habladas o con un credencial falso, y expone con sus acciones lo que respalda su crédito social – *su fama* – corriendo, en ciertas oportunidades, un riesgo mayor: arrastrar en su deshonor, si es descubierto, a toda una institución: “don José irá a la cárcel, tan cierto como dos y dos son cuatro, hay que imaginarse el descrédito y la vergüenza que para siempre man-

charán la reputación de la Conservaduría General del Registro Civil” (SARAMAGO, 2006, p. 127).

Don José toma prestado el *nombre*, toma prestada la palabra, porque ambos le sirven, principalmente, para mentir, engañar e infringir las normas y las leyes. Involucra a otros en sus imposturas e infracciones, es descubierto por unos y no por otros. Se da a conocer “a través de las declaraciones, las parcialidades tácticas, las mentiras impuestas que suponen los juegos del poder y las relaciones del poder” (FOUCAULT, 1996, p. 125).

En las tantas oportunidades que tiene el personaje de utilizar para beneficio de su empresa el poder que le infiere el simple hecho de ser un subalterno de la Conservaduría, se comprueba la teoría de Michel Foucault (1996, p. 131) sobre el “abuso de absolutismo” no sólo por parte del “monarca” abusador – en nuestro caso el conservador – sino, principalmente, “en el sentido de que cada uno puede utilizar en beneficio propio, para conseguir los propios fines y contra los demás, la enormidad del poder absoluto: una especie de disponibilidad de los mecanismos de la soberanía”.

Idea que también puede leerse en el accionar de otros empleados de la Conservaduría, en los del cementerio, en el Pastor, en la vecina y su esposo, entre otros, donde el poder se ejerce “entre sujeto y sujeto – y muchas veces se trata de los más humildes –, entre los miembros de una familia, en las relaciones de vecindad, de interés, de oficio, de rivalidad, de amor y de odio”. El saber otorga un poder, que si se sabe jugar bien el juego, puede convertir a cada individuo “para otro en un monarca terrible y sin ley: homo homini rex; toda una cadena política se amalgama con la trama de lo cotidiano” (FOUCAULT, 1996, p. 131):

Siguiendo las disposiciones que regulaban la compleja relación jerárquica de la Conservaduría [...] comenzó formulando la pretensión al oficial de su sección, de cuya buena o mala disposición de espíritu dependería los términos con que la solicitud sería transmitida al subdirector correspondiente (SARAMAGO, 2006, p. 54).

Y el conocimiento dispensa poder, y tomar conciencia que se lo posee da placer, porque “el poder se convierte a la vez en objeto de codicia y en objeto de seducción, es por tanto algo deseable y ello en la medida misma en que es absolutamente temible” (FOUCAULT, 1996, p. 132). Don José siente entusiasmo frente “al ejercicio de capacidades inventivas” (SARAMAGO, 2006, p. 163) que le permiten obtener respuestas del farmacéutico; saber un secreto le da regocijo frente a su interlocutor, tuteando internamente al director de la escuela: “Don José sonrió para sus adentros mientras seguía al director, Yo no sabía que su ficha estaba allí, y tú no sabes que me quedé una noche en tu sofá” (SARAMAGO, 2006, p. 282); y serenidad y confianza en sus acciones: “pero la persona que tenía ahora delante ya no era la misma de momentos atrás, don José había recuperado la serenidad al acordarse de que conocía un secreto de esta familia” (SARAMAGO, 2006, p. 275); y, a su vez, el poder lo seduce para que siga indagando: “don José desdobló lentamente la credencial, la miró de arriba abajo como si estuviese certificándose de los poderes que aún podría usar” (SARAMAGO, 2006, p. 276).

En el lenguaje relativo y ambiguo de la literatura, el estricto rigor del significado de las palabras dice de don José que es un *infame*, pierde la *fama*, entendida – según las Partidas del código visigodo – como el *buen estado del hombre*

que vive derechamente según ley y buenas costumbres, no teniendo en sí mancha ni maldad (SOLÓRZANO TELECHEA, 2005), aun a pesar que no se haga pública su deshonor. En el incierto rigor del significado de las acciones cometidas por el personaje, de la que no puede dejar de mencionarse: su lucha con los monstruos de la conciencia, con la comodidad de la norma, con la farsa de la imagen, don José descubre que el verdadero sentido de la vida no está en la meta, sino en el viaje, y no es un viaje que implique transgresiones y abusos de mucha envergadura; es más bien el mismo viaje de los hombres infames de Michel Foucault (1996, p. 130), “por el universo ínfimo de las irregularidades y de los desórdenes sin importancia”.

Entre la verdad y la mentira, hay incertidumbres, temores de perder la *buena fama*,

En este momento don José no parecía ser don José, o eran dos don Josés que se encontraban tumbados en la cama, con la manta subida hasta la nariz, un don José que perdiera el sentido de las responsabilidades, otro don José para quien esto se había vuelto totalmente indiferente (SARAMAGO, 2006, p. 125)

pero no hay certezas de estar perdiéndola ni remordimientos por los juegos del poder que se asumen.

DON JOSÉ, CON NOMBRE Y PALABRA

*“Prestado es el nombre que llevamos,
Prestado el pan que comemos, prestado nosotros mismos,
mantenidos desnudos en lo ajeno
y sólo aquel que ha quitado de sí todo oropel,
llegó a ver la meta, es llamado a la meta,
donde finalmente se une con su nombre.”*
(Herman Broch)

Don José se une con su nombre y toma la palabra propia – tanto oral como escrita –, en tres oportunidades en que se hace cargo de sus acciones. El encuentro consigo mismo a través de la escritura en el cuaderno y el encuentro con dos personas: la anciana del entresuelo derecho y el Conservador. Ante ambos revela, y también en sus escritos, la verdad – desde certezas o desde incertidumbres – de sus pensamientos, sus sentimientos, sus acciones.

Retomando las acepciones de la palabra que he puesto en juego, *infame* se dice de la persona que actúa con mala intención y de sus acciones. Don José ha mentado, ha omitido información, ha falsificado e infringido normas. Los que lo descubren, no lo consideran *ni vil ni malo en su especie*, tampoco lo castigan con la vergüenza o la *deshonra*. No queda *infamado* ante el otro, ni ante la institución a la que pertenece. Al desandar el viaje recorrido por don José, se advierten frases, tales como “Buenos días, don José, y no sabían con quién estaban hablando” (SARAMAGO, 2006, p. 30), “esa vida pasó a ser otra vida, y otra persona esa persona” (SARAMAGO, 2006, p. 34), “no parezco yo, pensó, y probablemente nunca lo había sido tanto” (SARAMAGO, 2006, p. 119), que van configurando la idea de que el nombre es lo inmutable y el ser lo mutable, el nombre considerado como instrumento que inmoviliza los seres, que los ancla, por la necesidad de apropiarse, ya sea del mundo, o del ser.

El nombre de la mujer desconocida nunca es revelado porque lo que interesa es lo que llenó ese nombre vacío, porque aun nombrándolo no nos dice nada. El protagonista salió en búsqueda del desafío al transcurrir del tiempo que implica todo nombre; de ese nombre que deja “tras de sí una vida, tal vez sólo una pequeña vida [...] unas cuantas sonrisas, unas cuantas lágrimas, lo que a primera vista es igual para todos y en la realidad es diferente para cada uno” (SARAMAGO, 2006, p. 59); de los instantes en que el tiempo ha cumplido su deber de ir cavando el ser del hombre.

Para lograr unirse don José con su nombre, como se ha mencionado, ha estado cambiando. Lo que indica que esta unión no es definitiva, que a cada instante el hombre es otro, a cada instante está muriendo y la muerte final es sólo la unión de aquellas muertes parciales que ha vislumbrado: “doce imágenes diferentes de la misma cara, una de ellas repetida, mas todas ellas muertas en el pasado, ya, muertas antes de haber muerto la mujer en que después se convertirían” (SARAMAGO, 2006, p. 192).

En la exploración que se hace del nombre, don José llega a ser nombrado en la novela como *investigador, juicioso empleado, viejo solitario, ladrón, falsificador*, ¿cuál es el verdadero?, ¿cuál es el que lo define?, todos y ninguno; aquel que posea, no que haya sido dado, y abarque las tenues relaciones entre la vida y la muerte, el ser cambio y quietud, búsqueda y hallazgo, blanco y flecha, luz y sombra.

DON JOSÉ ¿EQUIDAD O INFAMIA EN SU ACCIÓN?

“La piel es todo cuanto queremos que los otros vean, debajo de ella ni nosotros mismos conseguimos saber quiénes somos [...] la oscuridad en que estás metido aquí no es mayor que la que existe dentro del cuerpo, son dos oscuridades separadas por la piel.”
(SARAMAGO, 2006)

Retomando el concepto de *honra y deshonra*, don José jura por su *honra* para conocer el secreto del “terreno de los suicidas” (SARAMAGO, 2006, p. 255). Le causa indignación no sólo la infracción sino la falta de respeto por los muertos, y a pesar de las razones que da el pastor de respetar la voluntad de “las personas que se suicidan porque no quieren ser encontradas” (SARAMAGO, 2006, p. 257), intenta un último recurso para que la tumba de la mujer desconocida lleve el nombre correcto. ¿Es justo, don José, en este reclamo? ¿Actúa con equidad al cambiar los números? ¿Por qué le cuenta al conservador el secreto que había jurado por su *honra* no revelar? Se podría responder que no hace a la historia, y la revelación no toma la categoría de denuncia. ¿Es por esta razón que no se debe cuestionar el que no haya respetado la *palabra* empeñada?

Dejo la respuesta en suspenso y abro otro interrogante ¿Por qué la anciana del entresuelo derecho le aconseja seguir mintiendo a don José? ¿no se había indignado ella por la falta de sinceridad, ultimándolo: o la verdad o se va? Este hombre, que ha aprendido a decir la verdad, que pudo ir al encuentro del otro, ¿es necesario que siga falsificando, mintiendo hasta a los padres de la difunta? ¿y si bien existe el no de la autoridad paterna, está el sí de la complacencia materna que lo deja cumplir sus deseos de conocer la intimidad de la mujer desco-

nocida? ¿Es que se está en una sociedad donde aún cuando se es capaz de singularizarse, no se puede evitar la mentira como dice la anciana del entresuelo derecho: “si no hay vida sin mentiras, también algún engaño podrá haber en esta muerte” (SARAMAGO, 2006, p. 211).

Y finalmente, ¿qué posición ética toma don José y el conservador a la hora de decidir mantener viva, aunque sea burocráticamente, a la mujer desconocida? María Elena Legaz se pregunta al respecto:

En lo que coinciden las perspectivas de ambas novelas [Todos los nombres e Intermitencias de la muerte] es en la transgresión de enmendar los datos de las fichas de los nacimientos y de las muertes o de hacer desaparecer algún certificado de defunción. ¿Se trata de una alarde de poder para actuar sobre lo inevitable y jugar a borrar la muerte, o se trata de ironizar sobre éste, nuestro universo burocrático, en que somos un número de expediente, una ficha, y por lo tanto lo que no está en ellos no existe? (apud KOLEFF; FERRARA, 2007, p. 49).

El conservador acepta ser cómplice de su subalterno y avanza un paso más en la transgresión de las normas y le propone devolver la vida *burocrática* a la mujer desconocida. En una primera lectura el final de la novela, responde a la historia de amor que ella narra; en una segunda, siguiendo los trazos de este análisis, se lee una confabulación para erigirse en “Señores” del universo archivado – del que uno es jefe y el otro simple escribiente – y determinar la vida y la muerte. En ambos casos, es imperioso recordar que la mujer desconocida eligió su muerte, un acto voluntario que le permitió decir *hasta acá llego*. Una voz en el teléfono rectificó esta decisión “no estoy en casa” (SARAMAGO, 2006, p. 290) y la ausencia de una nota, de una carta, de una explicación revela la poca participación que les dio a los que quedaban vivos. ¿Qué *dignidad*, qué *justicia* puede tener negarle este derecho, este acto de libertad, quizás el último, el máximo, a esta mujer desconocida?

Las preguntas quedan sobre la hoja, las respuestas en los invisibles hilos que se tejen en la lectura. Pero la duda es la que queda instaurada: y puede ser leída, si ha de serse justos, como *afrenta*, *oprobio*, *degradación*, *ofensa*, *mancilla* a la *honra* de don José, que es quien más importa. Últimas acepciones de la palabra *infamia*, ya no referida a acciones del protagonista sino a una acción sobre él, por parte de quien escribe este trabajo.

Dice el filósofo francés, que acompañó esta propuesta de lectura de la existencia infame de don José, y a modo de disculpas: “Más que cualquier otra forma de lenguaje la literatura sigue siendo el discurso de la ‘infamia’, a ella le corresponde decir lo más indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo desvergonzado”⁷ (FOUCAULT, 1996, p. 137).

Finalmente, para completar mi defensa, es válido recordar que es propio de la crítica literaria atravesar las barreras, descubrir de forma brutal o insidiosa los secretos, obligar a leer lo inconfesable, en pos de una verdad que no es más que efectos de verdad, de juicios que funcionan en una indecisión entre lo verdadero y lo falso porque trabaja con literatura.

7 Y continúa: “La fascinación que ejercen entre sí desde hace años el psicoanálisis y la literatura es significativa, pero es preciso no olvidar que esta posición singular de la literatura no es más que el efecto de un dispositivo de poder determinado que atraviesa en Occidente la economía de los discursos y las estrategias de lo verdadero” (FOUCAULT, 1996, p. 138).

REFERENCIAS

- FOUCAULT, M. *La vida de los hombres infames*. La Plata: Altamira, 1996.
- KOLEFF, M. (Ed.). *II Apuntes saramaguianos*. José Saramago: un acercamiento al lector. Córdoba: Educc, 2005.
- _____. *Acerca del reconocimiento del otro en la cultura contemporánea*. Córdoba: Educc, 2009.
- KOLEFF, M. FERRARA, M. V. (Ed.). *III Apuntes saramaguianos*. Córdoba: Educc, 2007.
- KUNDERA, M. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- SARAMAGO, J. *Todos los nombres*. Barcelona: Punto de Bolsillo, 2006.
- SOLÓRZANO TELECHEA, J. A. Justicia y ejercicio del poder: la infamia y los “delitos de lujuria” en la cultura legal de la Castilla medieval. *Cuadernos de Historia del Derecho*, v. 12, p. 313-353, 2005.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. El laberinto y su metáfora. *El País*, 9 oct. 1998. Disponible en: <http://www.elpais.com/articulo/cultura/SARAMAGO/_JOSe/PORTUGAL/SUECIA/PREMIO_NOBEL/laberinto/metafora/elpepicul/19981009elpepicul_7/Tes/>. Acceso en: 30 oct. 2008.

FERRARA, V. Sr. José, uma existência infame em *Todos os nomes*, de José Saramago. *Todas as Letras*, São Paulo, v. 12, n. 2, p. 32-41, 2010.

Resumo: A leitura de *A vida dos homens infames* de Michel Foucault e a indagação sobre as três problemáticas que traçou o pensamento do Ocidente: o saber, o poder e a ética, sustentam a possibilidade de explicar a existência verbal do Sr. José a partir do conceito de infâmia. O Sr. José é um insignificante empregado que sai de um anonimato existencial em busca de um saber e que, sem que a isso se proponha, encontra-se com o poder. Este trabalho procura refletir sobre o posicionamento ético da personagem, no momento de obter o saber, e ostentar certo poder, frente às oposições construção/desconstrução, verdade/mentira e vida/morte.

Palavras-chave: saber; poder; ética.